

Oyese á un tiempo el grito de pelea
 En pórticos, jardines y salones,
 Y el hierro de las lanzas centellea,
 Entre insignias y bélicos blasones:
 El pendon de Castilla al aire ondea,
 Coronando los regios torreones;
 Y ya las ninfas del Geníl y el Dauro
 Palmas aprestan, aperciben lauro.

FRAGMENTO TERCERO.

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde:
 despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,
 En solitaria quinta deleitosa
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,
 Fijo en su amor el plácido discurso,
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,
 Con el laud Elvira combatia
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera
 Con sus ardientes rayos la inundaba;
 Y el tibio amante por la vez primera
 Su anhelada venida retardaba:
 Ansiosa Elvira que á su dueño espera,
 Cien veces en el sol los ojos clava,
 Gime impaciente, y trepa á la colina
 Que el vasto campo en derredor domina.

En la ancha vega el céfiro meciendo
 Los rubios dones del feraz estío,
 La grata soledad, el ronco estruendo
 De espumosa cascada, el bosque umbrío,
 Los sauces blandamente humedeciendo
 Las tiernas ramas en el manso río,
 Todo respira amor, y todo inspira
 Dulce tristeza á la sensible Elvira.

Tal vez al revolar festivo el viento,
 Torna la bella faz alborozada;
 Ya escucha de su amor el grato acento,
 Ya su planta en las flores enredada;
 Mas en breve, burlando su contento,
 Las alas pliega el aura sosegada;
 Y en breve, por doblar su desconsuelo,
 Tiende otra vez el licencioso vuelo.

Como al bajar la lluvia apresurada,
 Ostenta manso el lago cristalino
 Su tersa plata en círculos labrada,
 Que nacen, crecen, mueren de contino;
 Elvira de mil dudas contrastada
 Inquieto siente el pecho alabastrino,
 Y nacer y morir cada momento
 Un deseo, un temor, un pensamiento.

Ora imagina al descuidado amante
 En hondo sueño ó baño delicioso,
 Ora en las selvas persiguiendo errante
 Al leve ciervo y jabalí cerdoso:
 Ya en la caza le sigue palpitante,
 Ya maldice su bárbaro reposo;
 Ya le amenaza con esquivo ceño,
 Ya el regazo apercibe al dulce dueño.

Mas el tirano Amor, no satisfecho
 Del duro afán de su cautiva hermosa,
 Con sonrisa cruel vierte en su pecho
 La copa de los celos ponzoñosa:
 Ante sus ojos pinta en blando lecho
 Al falso amante y la rival odiosa;
 Y al acercarse Elvira en triste anhelo,
 Maligno corre el misterioso velo.

Cual herida de rápida saeta
 Salta veloz la cierva fugitiva,
 Y monte y selva y prado corre inquieta,
 Y el propio esfuerzo su dolor aviva;
 La triste Elvira su dogal aprieta,
 Y la herida de amor siente mas viva:
 Si abriga el duro dardo, sangre vierte;
 Si lo intenta arrancar, halla la muerte.

A su ciega pasion abandonada,
 Recuerda sus delicias, sus amores;
 Aun vé la tierna yerba reclinada,
 Aun vé oprimidas las nacientes flores;
 Allí se arroja en lágrimas bañada,
 Allí crecen su angustia y sus furores;
 Y allí donde su amor grabó la huella,
 Entre la grama esconde su faz bella.

Mas á un leve rumor alza la frente;
 Y cual inmoble estátua vé delante,
 Ceñido de armadura reluciente,
 Suspenso y mudo al perturbado amante:
 Incierta mira, enjuga el lloro ardiente,
 Torna á clavar la vista penetrante;
 Hablar intenta, mas la pena aguda
 Su pecho oprime y su garganta anuda.

Un ¡ay! profundo arroja dolorida;
 Los celos, el furor le dan aliento;
 Y de opuestos afectos combatida,
 Así le dice con turbado acento:
 «Huye, cruel, si de mi triste vida
 Ver no anhelas el último momento;
 Huye, y no añada tu perjuro labio
 El doblez, los insultos al agravio.»

«Huye: ¿qué te detiene?... No deseo
 Verte apurar el torpe fingimiento;
 Harto me has dicho; aléjate; ya veo
 Tu mentido disfraz, tu aleve intento;
 Ya tus disculpas pérfidas preveo;
 Ya escucho tu engañoso sentimiento;
 Tu propia turbacion, tu falsa pena
 Te acusa, te confunde, te condena.»

«Si te enoja mi amor, si otro te inflama,
 No has menester pretestos, alevoso;
 Vuela á los pies de la traidora dama,
 Jura, engaña, sedúcela doloso;
 Fingido ardor á tu fingida llama
 Ofrecerá su pecho cauteloso;
 Y ella misma, burlando tu esperanza,
 Dejará satisfecha mi venganza.»

«Mas no eres tú ¡ay de mí! yo solamente
 Yo la culpada soy: yo, dueño mio,
 Te abrí mi incauto pecho; yo imprudente
 Provoqué con caricias tu desvío;
 Tuyo fue mi querer, tuya mi mente,
 Tuyo mi corazon y mi albedrío...
 ¿No lo vés? ahora mismo, en mi tormento,
 Por tí solo respiro, por tí aliento.»

«No mas, mi bien (el Conde enternecido
Le interrumpe veloz); no mas, Elvira;
Que tu amoroso acento dolorido
Mas me atormenta que tu injusta ira:
Llámame ingrato, aleve, fementido;
Traspasa el pecho que por tí suspira;
Y no aumentes mi pena y amargura
Mostrándome tu amor y tu ternura.»

«¿Dudas, Elvira?...El cielo soberano
Vé mi pasión, mis ansias, mi tormento;
El cielo sabe si luchando en vano,
Cedí rebelde á su inspirado acento:
Cedí; y al punto en su tremendo arcano
Escribió mi solemne juramento:
Partir es fuerza, Elvira; mi tardanza
Ya del cielo provoca la venganza.»

«A domeñar al África orgullosa
La fé, la patria, el pundonor me llama;
Ya en la ciudad la hueste numerosa
Las armas ciñe y su adalid me aclama;
Ufanos todos á la lid gloriosa
Sedientos vuelan de perpetua fama;
Solo yo triste, mísero, abatido,
Mi fé, mi patria, mi promesa olvido.»

«Ese mi crimen, esa mi falsía,
Esas mis artes son: vé, vuela ansiosa,
Recorre la ciudad, insta, porfía,
Busca mi nuevo amor... ¿Callas llorosa,
Y me ocultas tu faz?... No, Elvira mía,
No te miren mis ojos desdeñosa;
Culpa al cielo, no á mí: yo al par contigo
El fatal voto y su rigor maldigo.»

«Mas yo te juro, Elvira, yo te juro
Por esta espada nunca envilecida,
Por tu faz bella, por tu llanto puro,
Por tu amor mas precioso que mi vida;
Aunque me oponga el mar su inmenso muro,
Aunque el África toda luche unida,
Llegar, vencer, tornar, y en dulces lazos
Gozar del triunfo en tus amantes brazos.»

«Sí, triunfa, hombre feroz; tu Elvira en tanto
(Clama la triste) mísera, abatida,
En largo afán y congojoso llanto
Esperará muriendo tu venida...
¿Qué mas quieres, cruel? Mira mi llanto,
Mírame al menos á tus pies rendida,
Mira; y parte despues: tu saña fiera
Ya ha inmolado la víctima primera.»

«Mas no, detente, escucha; que azaroso
 Me anuncia el corazón horror y muerte;
 Oye, infeliz; que el cielo misterioso
 Tu fin aciágo por mi voz te advierte...
 ¿A dónde, á dónde vas? Vuelve piadoso;
 Teme el rigor de la enemiga suerte;
 Tiembla por tí, por tu infeliz Elvira;
 Que al solo amágo de dolor espira...»

Quisiera proseguir; y sostenida
 En el trémulo brazo, alzarse intenta;
 Mas ríndese otra vez desfallecida
 Al inmenso pesar que la atormenta;
 Cual pálido jazmin descolorida
 La faz divina su beldad aumenta;
 Esmaltando el negrísimo cabello
 La blanda candidez del rostro bello.

Por el dulce deleite adormecidos
 Aparecen sus ojos amorosos,
 Mientras el albo pecho con latidos
 Ostenta sus contornos mas hermosos:
 Admiranla en los aires suspendidos
 Los festivos Amores silenciosos;
 Y desde el alto Olimpo Citerea
 En contemplar su imágen se recrea.

FRAGMENTO CUARTO.

Reúnese la hueste en el puerto de Málaga: se hace
 á la vela, y navega con varia fortuna.

Pobladas de caudillos esforzados
 Guadalmedina ostenta sus riberas;
 Por sendas, por llanuras, por collados
 Divísanse pendones y banderas;
 Vé la ciudad sus ámbitos cegados
 Con aprestos y máquinas guerreras;
 Torres, murallas, calles, plazas, puertas,
 De gente armada miránse cubiertas.

No en tanta copia apíñanse á bandadas,
 Cuando anuncia el otoño el sol tardío,
 Las aves que en las zonas mas templadas
 Hicieron su mansion en el estío;
 Y del blando reposo despertadas
 Al mostrar el invierno el ceño impío,
 Las costas cubren con ansioso anhelo,
 Buscando el mar y el africano suelo.

Brilló por fin la aurora suspirada,
Eterna en los decretos del destino,
En que ya á punto la invencible armada
Tienda al próspero viento el blanco lino:
La numerosa hueste desplegada
Del mar ocupa el término vecino;
Y ya en el puerto agítanse las naves,
De tanta hueste con el peso graves.

El campo, el muelle, el dilatado muro
De gente y armas y pendones lleno,
Con mil bateles en tropel oscuro
Del puerto hirviendo el anchuroso seno,
Sin nube el firmamento, el aire puro,
El azulado mar manso y sereno,
Glorioso el sol con su radiante lumbre
Coronando del cielo la alta cumbre;

Cien naves cual en fiesta empavesadas
Con flámulas y ricas banderolas,
Que del festivo Céfiro agitadas
Reflejan sus colores en las olas;
De laureles las popas coronadas
Luciendo las insignias españolas;
El ronco parche y la guerrera trompa
Del triunfo anuncian la solemne pompa.

Con vivo afán y singular concierto
La inmensa armada su partida apresta;
Y ya impaciente en el confuso puerto,
La tardanza menor juzga molesta:
Mas á una seña del piloto esperto,
La alegre chusma muéstrase dispuesta,
Y aplaude ufana el próximo momento
De dar el leve lino al vago viento.

Ya en un áncora sola remecida
El corvo diente en desclavar forceja
La inquieta nave, y con veloz huida
Entre vivas sin fin el puerto deja;
Ya en media luna ordénase estendida
La inmensa flota, y rápida se aleja;
Y del sol al ocaso resplandece,
Cual nevada ciudad cuando amanece.

Entre tanto Favonio apénas mueve
Las tiernas alas y la espuma riza;
Y cediendo la armada al sople leve,
Sobre las mansas olas se desliza:
Ni empaña el cielo nubecilla breve,
Ni otro signo al piloto atemoriza;
Que nunca mas sereno el occidente
Vió esconderse del sol la roja frente.

La clara noche de tan fausto día
 Prosigue el rumbo la veloz armada,
 Cual si los mismos astros á porfía
 Le mostrasen la senda deseada:
 El alto polo ofrécele su guía;
 Muestra su faz la luna plateada,
 Y sobre el manto azul ostentan bellas
 Sus benéficas luces las estrellas.

Mas su trémulo brillo se oscurece
 Con el primer albor de la mañana;
 Y la plácida Aurora resplandece,
 Matizando los cielos de oro y grana:
 Desde el erguido mástil no aparece
 La abandonada costa, ya lejana;
 Y la chusma con himnos de alegría
 Saluda alborozada al nuevo día.

Natura toda en celestial contento
 Aclama al rubio Dios del claro oriente,
 Que con angusto y grave movimiento
 Asoma sobre el carro refulgente:
 A su vista cobrando nuevo aliento,
 En las velas espira blandamente
 El Céfito festivo, y abre paso
 Al veloz sulco del ligero vaso.

Mas al bañarle el húmedo rocío,
 Y al recorrer el mar en fácil juego,
 Va perdiendo insensible el tierno brío,
 Y anhela tras el plácido sosiego:
 En la ribera busca asilo umbrío,
 Del claro sol contra el radiante fuego,
 Y plegando las alas y talaes,
 Dormidos deja los tranquilos mares.

Terso cristal parece la llanura:
 Y con vislumbres cándidas albea,
 Cual la bóveda azul en noche oscura
 Con la luz de la hermosa Citerea:
 Sin leve niebla ó nubecilla oscura
 El sol desde su trono centellea;
 Y el quieto golfo, cual radiante espejo,
 Reverbera su trémulo reflejo.

No con tan vivo rayo el Can impío
 Acongoja á los míseros mortales,
 Cuando enciende rabioso en seco estío
 De Palmira los vastos arenales;
 Y aquejado de sed, falto de brío,
 Recostado en las ruinas inmortales,
 El triste caminante ansioso espera
 Que el sol recorra la estendida esfera.

Con no menor afan y desconsuelo
 Yace la gente en la española armada,
 Mientras el astro en el ardiente cielo
 Prosigue su carrera sosegada:
 Mas con vana esperanza y ciego anhelo
 Ven próxima la noche deseada;
 Y ni un soplo levísimo del aura
 Sus fuerzas y sus ánimos restaura.

Tres veces en tan mísera agonía
 Los vé la luna, y silenciosa pasa;
 Y el sol tres veces en eterno día
 Con encendidos rayos los abrasa:
 Ya furiosa la turba acusa impía
 Al mismo cielo de su suerte escasa;
 Ya en lánguido desmayo, torna luego
 Del vano enojo al fervoroso ruego.

En el dormido lago en tanto flota
 La armada lentamente remecida,
 Y los robustos árboles azota
 La licenciosa vela no regida:
 Así tal vez en la region remota
 Por el helado Bóreas combatida,
 Muéstrase inmóvil temeraria armada,
 Con cadenas de hielo aprisionada.

Ya el quinto sol en el ocaso brilla
 Y el cetro deja á su apacible hermana,
 Y á igual distancia de una y otra orilla
 Clavada está la flota castellana:
 Apenas una blanca nubecilla
 Sobre la mar remóntase liviana;
 Y anunciando mas próspera fortuna,
 Vuela á oponerse á la naciente luna.

Roja la faz, en torno coronada
 De pálidos reflejos aparece;
 Y por vagos celages eclipsada
 Ya se oculta fugaz, ya resplandece:
 A lo lejos divísase agitada
 La mar que hácia la orilla se ennegrece;
 Y pardas nubes, cual lejanos montes,
 Empañan los remotos horizontes.

En breve el Austro con impuro aliento
 Las arroja del África impelidas,
 Y dejan en el alto firmamento
 Las estrellas y luna oscurecidas:
 Plegando el mar con ímpetu violento
 Corren, crecen las olas conmovidas;
 Y antes que brame el viento furibundo,
 El verdinegro mar hierve profundo.

Su espalda baten con inquietas colas
 Los présagos delfines azorados,
 Y entre el ciego tumulto de las olas
 Veloces saltan en tropel formados:
 Tiemblan, crujen las naves españolas
 Con violentos vaivenes encontrados;
 Y ya el cauto piloto apercebido
 Oye del viento el áspero silbido.

El África y el Noto procelosos
 Llegan, luchan, horrísonos espantan;
 Y en el mar arrojándose furiosos,
 Desde el íntimo fondo lo levantan:
 Ya entre opuestos contrastes poderosos
 Las ondas con las ondas se quebrantan;
 Ya agitándose en vórtice violento,
 Ceden al veloz ímpetu del viento.

Con mil y mil relámpagos se enciende
 El tenebroso polo en viva llama,
 Y de la negra nube se desprende
 El rayo ardiente que la esfera inflama:
 La rápida centella el aire hiende;
 Muge el hinchado golfo; el viento brama;
 Y en el cielo estallando el ronco trueno,
 Lo repite del mar el hondo seno.

Por las revueltas olas contrastada,
 Entre el horror de la tiniebla umbría,
 Vaga en los mares la deshecha armada,
 Con rumbo incierto, sin gobierno y guía:
 De un monte en otro monte despeñada
 Tienta en vano la proa abrirse vía;
 Ya al cielo toca la aprimiada entena,
 Ya rechina la quilla en la honda arena.

Ni salud ni esperanza: negro espanto
 Súbito asalta á la esforzada gente,
 Que con vano tesón á riesgo tanto
 Osó oponer el ánimo valiente:
 Mas ni esfuerzo, ni voz, ni débil llanto
 Ya el terror á los míseros consiente;
 Y en silencioso pasmo á cada instante
 El abismo, la muerte ven delante.

No así el ínclito Conde: su voz suena
 Entre el ronco fragor del mar y el viento;
 Exhorta, anima, acude, ordena,
 A la postrada turba infunde aliento;
 Su ejemplo, su ademan, su faz serena,
 Aun son mas poderosos que su acento;
 Y allí donde el peligro y gloria crece,
 El magnánimo pecho al riesgo ofrece.

Mas su heróica firmeza satisface
 Del irritado cielo la venganza,
 Y en acercar benigno se complace
 El término feliz de su esperanza:
 La negra nube en lluvia se deshace;
 Recobra el mar su plácida bonanza;
 Y en breve zumba hácia el confin remoto
 Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida
 Huye la tempestad; y alzando el vuelo
 El Aquilon acósala en su huida,
 Despejando veloz el ancho cielo:
 Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,
 Rasgaba de la noche el negro velo,
 Encoge el duro aliento, y da suave
 Plácido impulsó á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago
 Las mira el Conde, al despuntar el dia,
 Que aun mal seguras del tremendo amago
 Tímidas siguen la azarosa via;
 Mas reparar ansiando el grave estrago,
 La hueste y chusma anímanse á porfia;
 Y en breve olvidan riesgos y pesares,
 Sulcando alegres los tranquilos mares.

FRAGMENTO QUINTO.

Agüeros pavorosos en África. — Prediccion del
 Alfaquí. — Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero
 La corona del triunfo preparaba,
 Con tristes signos de fatal agüero
 Luto y horror al África anunciaba;
 Mas al cumplirse el plazo postrimero,
 Su adusto ceño de mostrar acaba,
 Cual lo vió un dia con asombro el mundo;
 Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento
 En sus cóncavos senos cavernosos,
 Amenaza con ímpetu violento
 De la ciudad los muros orgullosos:
 Con débil planta y desigual aliento
 Huyen ancianos, jóvenes, esposos;
 Conduciendo la madre palpitante
 En sus brazos de amor al tierno infante.